

PENÍNSULA

Kris Ubach

Pirineos. Más allá de las montañas

Prólogo de Xavier Moret



Pirineos. Más allá de las montañas

Kris Ubach

Prólogo de Xavier Moret

© Cristina Ubach Pellicer, 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70/93 272 04 47.

Primera edición: junio de 2023

© del prólogo: Xavier Moret, 2023

© del mapa: Àlvar Salom, 2023

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B. 9.965-2023

ISBN: 978-84-1100-181-6



ÍNDICE

Prólogo: La mirada viajera, por Xavier Moret	17
Presentación	21

EUSKADI Y NAVARRA

La isla intermitente (Irún)	27
Las brujas (que nunca lo fueron) de Zugarramurdi (Pyrénées-Atlantiques / Valle de Baztan)	37
Los molinos de Baztan (Valle de Baztan)	47
¡Proscritos! (Valle de Baztan)	56
Monjas de clausura (Malerreka)	66
Hemingway y el Camino de Santiago (Roncesvalles)	75
Crómlechs, buitres y <i>rock 'n' roll</i> (Valle de Aezkoa / Valle de Salazar)	87

ARAGÓN

El Santo Grial (San Juan de la Peña)	103
Canfranc y el oro de Hitler (Canfranc)	113
Escarpado y vertical (Pyrénées-Atlantiques)	121
Tomando las aguas (Panticosa)	130

El Pirineo deshabitado I (Valle de Tena)	140
El Pirineo deshabitado II (Valle de Tena)	148
En bici y a lo loco: historias del Tour (Hautes-Pyrénées/Tourmalet)	160
La Brecha de Rolando (Gavarnie)	170
Bacalao en tiempos de Cuaresma (Hautes-Pyrénées)	181

CATALUNYA ORIENTAL

Un cementerio para unirles a todos (Val d'Aran)	191
La catarsis del fuego (Val d'Aran)	206
Románico para la resaca (Val d'Aran)	219
Catorce ochomiles y una <i>òlba</i> aranesa (Val d'Aran)	227
Nunca heredamos la tierra (Alt Urgell)	237

ANDORRA

Andorra-Berlín-quién sabe dónde	247
Incinérame el cilindrín	255
Los valles de la esperanza (y del terror)	267
Los primeros pastores	278

CATALUNYA OCCIDENTAL

Trashumancia heroica I (La Cerdanya)	291
Trashumancia heroica II (La Cerdanya)	300
La Virgen que plantó a Franco (Valls de Núria)	310
Lo que no cabe en un libro (Ripollès)	320
El exilio de <i>Las meninas</i> (Vallespir / Alt Empordà)	327

Epílogo: Regreso a casa	337
Agradecimientos	341
Bibliografía	343

LA ISLA INTERMITENTE

Mucha gente no lo sabe, pero en la desembocadura del Bidasoa hay una isla que es española durante seis meses y que el resto del año pertenece a Francia. Y así se ha alternado cada semestre, ininterrumpidamente, desde 1856. La Isla de los Faisanes es una de esas divisiones territoriales insólitas que salpican el mapa geopolítico mundial. Si queremos ser fieles al vocabulario utilizado por el derecho internacional, se trata de un condominio, es decir, que dos Estados ejercen la soberanía compartida sobre un mismo territorio.

Este islote de dominación intermitente —Konpantzia en euskera e Île de la Conférence en francés— en realidad no es gran cosa y, no, no tiene faisanes. Desde la orilla guipuzcoana solo se aprecian las escolleras y un puñado de árboles, pero la vegetación esconde un monolito conmemorativo que explica muchas cosas. Entre ellas, que esta crónica sobre los Pirineos empiece justo aquí, en Irún.

Y es que la Isla de los Faisanes fue el lugar donde el 7 de noviembre de 1659 se firmó el Tratado de Paz de los Pirineos, que, además de poner fin a la Guerra de los Treinta Años, establecía los límites fronterizos tal como los conocemos hoy. Desde entonces, por regla general las cumbres pirenaicas marcarían el límite entre España y Francia y algunos territorios, como el *comtat* del Rosselló o treinta y tres

pueblos de La Cerdanya, pasarían a formar parte del Estado galo.

Hoy, viendo el insignificante tamaño de la isla, parece mentira que en ella tuvieran cabida los descomunales circos protocolarios que se organizaron para la firma del tratado y para el posterior encuentro real. El ideólogo y diseñador de la puesta en escena no fue otro que el mismísimo pintor Diego de Velázquez, quien por aquel entonces gozaba del cargo de aposentador real. Se levantó un pabellón con diversas estancias que se decoraron con todo el lujo y ostentación que requería el momento y la talla de sus actores. Hubo tapices de grandes dimensiones, exquisitas alfombras persas, mobiliario de alto *standing* y óleos pintados para la ocasión. En definitiva, muchos dorados y mucha seda.

Desde Madrid viajó el valido de la corona española Luis Méndez de Haro, conde-duque de Olivares, y desde París llegó su homólogo francés y sucesor político de Richelieu, el cardenal Mazzarino. Sendos puentes de madera —uno desde cada país— daban acceso a la isla, donde todo se dispuso para la ocasión. Bajo las palabras «los Montes Pyrinèos, que havian dividido antiguamente las Galias de las Españas, harian tambien en adelante la division de estos dos mismos Reynos», se trazaron las firmas. Y a otra cosa mariposa, les gustara o no a los habitantes de las zonas implicadas. Las consecuencias territoriales y humanas de aquella división administrativa todavía hoy son objeto de discordias, como es natural aquí y en todas las fronteras que un día se trazaron a lápiz (y en ocasiones también con una regla) sobre un mapa.

Pocos meses después, la isla recibiría a la comitiva real de Felipe IV, llamado «el Rey Planeta», y al francés Luis XIV, con todo su séquito y su fanfarria. La fotografía de aquella ocasión nos ha llegado en forma de pintura al óleo, un lienzo al más puro estilo *La Rendición de Breda* firmado por Jacques

Laumosnier, en el que aparecen retratados y convenientemente idealizados los actores del momento. En *Entrevue de Louis XIV et de Philippe IV dans l'île des Faisans* (1660) se ve a los dos soberanos reverenciándose mutuamente, a los negociadores del tratado Haro y Mazzarino, y a la pobre hija del monarca español, María Teresa —que fue entregada en matrimonio al rey francés como parte del trato—, además de otras damas y prohombres vestidos de gala entre los que se reconoce al pintor sevillano Velázquez, quien murió ese mismo año sin poder ver el final de la película.

Bajo el paraguas y desde la valla que me separa de las aguas del Bidasoa, contemplo el islote y miro el reloj. No querría que mis ensoñaciones me hicieran llegar tarde a la cita que tengo hoy con Sagrario Arrizabalaga, la archivera municipal, con quien he quedado para que me cuente algunos detalles sobre esta curiosa isla compartida. Aún quedan un par de horas, así que aprovecharé para dar un paseo por Irún.

Dejo atrás el río y me sumerjo en la zona del Ensanche, un lugar que tiene algo de desbarajuste arquitectónico, como si los que fueron llegando hubieran construido a su antojo, sin mirar los edificios que tenían a su alrededor. Hay villas históricas, edificios modernos y todo lo que pueda caber entre esas dos definiciones mezclado sin orden ni concierto. Definitivamente, la Irún moderna no es bonita. Y, aunque la ciudad vive a la sombra turística de su hermana siamesa, Hondarribia, esta localidad guipuzcoana tiene una cosa por la que —según me han dicho al preguntar en la calle por una cafetería— merece la pena venir: la Pastelería Aguirre.

Cuando llego ya hay cola en la puerta para acceder al local, así que pido turno y me sitúo detrás de dos señoras mayores que departen animadamente en euskera. En los escaparates se exhibe una sola especialidad: una especie de bollos del

tamaño de un melón cubiertos de azúcar glaseado. Cuando llega mi turno, interrogo a la dependienta:

—*Egun on*, ¿qué son esos bollos gigantes del escaparate?

—Son coronas de *brioche*. Las tienes de tres, cuatro y cinco raciones.

—¿Y tengo que llevarme el *brioche* entero o puedo pedir una porción para probar?

—Claro, claro, te servimos una ración. ¿Quieres también un café?

—Sí, por favor. ¿Esto de las coronas de *brioche* es una especialidad vuestra o se encuentra por toda la ciudad?

—En realidad, el *brioche* —cuenta la dependienta, que es extremadamente amable— es una receta tradicional francesa, pero debo decirte que a nosotras nos sale muy bien. Nos hemos especializado en todo tipo de dulces de hojaldre, y desde siempre se nos ha reconocido por eso. Aquí puedes ver todas las variedades que hacemos —dice, señalando un expositor con toda una panoplia de delicias hojaldradas—. Lo que más pide la gente son el milhojas de crema y también el *brioche* que vas a probar. Te va a gustar, ya verás.

Con el aspecto que tiene, no me cabe la menor duda.

El interior vetusto y algo *demodé* del local deja adivinar que este sitio tiene solera, pero aun así, y viendo la santa paciencia que tiene esta mujer, pregunto:

—¿Y hace mucho que funciona esta pastelería?

—Pues la fundó justo al terminar la guerra un señor que se llamaba Ángel Aguirre. Hoy el negocio lo llevan las dos hijas de Aguirre y el hijo de Luis Iriarte, que fue pinche en el obrador desde el principio.

—Muy amable. *Eskerrik asko*.

Cojo la bandeja con el café y la corona de *brioche* que se sale del plato y me siento en un rincón de la barra del fondo. Las dependientas no dan abasto atendiendo a la gente que vie-

ne a comprar. Los milhojas, los rascacielos, los jesuitas y el resto de especialidades poco indicadas para empezar una dieta vuelan de mano en mano. El *brioche*, que esconde pasas en su interior, merece su fama y es sorprendentemente ligero a pesar de su tamaño. Al terminar, recojo para irme y desde el mostrador la dependienta me guiña un ojo.

—¿A que te ha gustado?

—Tanto como para pedirme uno entero la próxima vez.

El azúcar me da fuerzas para subir andando hasta el archivo municipal, el Irungo Udal Artxiboa, que se ubica en una espectacular mansión decimonónica rodeada de jardines. Al ver el porte del edificio, con sus columnatas, pérgolas y blasones, le sumo a la Isla de los Faisanes y a la Pastelería Aguirre otro motivo para conocer Irún y cruzo la verja de hierro de la mansión. Sagrario ya me está esperando.

—Gracias por recibirme —le digo—. Como ya te conté por teléfono, estoy buscando información sobre la Isla de los Faisanes, sobre todo fotografías antiguas.

—Tenemos más de setenta mil imágenes digitalizadas en la fototeca, así que acércate y así las vemos en el ordenador. Vamos a buscar las anteriores a la Guerra Civil, que son muy interesantes —dice, mientras da un rápido tecleo.

En pantalla aparece una colección de *thumbnails* muy prometedores. Le echo un rápido vistazo al conjunto y le pido a Sagrario que amplíe una de las imágenes. Clic. Es una postal, según indica el pie de foto, «anterior a 1918». Lleva un sello franqueado de la Republique Française de veinticinco céntimos. En ella se ve a tres guardias uniformados posando frente a una tosca garita de madera que más bien parece una de esas casetas de playa. Bajo la foto reza: «*Types espagnols. Un poste de Carabiniers sur les Bords de la Bidassoa*».* Al fondo de la imagen se intuye la isla.

* «Hombres españoles. Un puesto de carabineros a orillas del Bidasoa.»

Después vemos otra postal más de datación incierta, «anterior a 1903», esta con sello español de cinco céntimos donde aparece el rostro de un Alfonso XIII infantil. La descripción dice: «Carabinero en el puesto de guardia o garita radicada frente a la Isla de los Faisanes, apreciándose a la derecha la fábrica de muebles y el antiguo puente internacional».

—Hay otras dos postales con la misma fotografía —dice Sagrario.

En efecto, hay otros dos retratos idénticos del mismo gendarme de pie, congelado frente al río. Una de ellas lleva sello francés y la otra, sin franquear, luce una inscripción que alguien hizo a mano «*Territoire neutre avant 1901. Pas depuis! Bons souvenirs*».*

Es sorprendente que la gente mandara tarjetas postales en las que aparecían puestos fronterizos y carabineros posando para la foto. Supongo que en aquellos tiempos en los que cruzar fronteras no era algo que se hiciera todos los días, estas estampas tenían algo de lejano y exótico.

—Aquí la isla parece más pequeña de lo que es hoy, ¿no?

—Sí, es normal. Esto es una desembocadura y las islas que contiene sufren erosiones provocadas por la corriente de reflujo del río. A lo largo de los siglos se han hecho varias obras de defensa para frenar ese desgaste. Hoy en día este tipo de cosas se monitorizan desde la Ayudantía Naval del Bidasoa, que está a cargo de la Isla de los Faisanes.

Finalmente encuentro la foto que buscaba: una donde se ve de cerca el monolito que conmemora la firma. Es otra postal de «principios del siglo xx» con un sello español de veinticinco céntimos que evidencia cuánto subió el precio de los

* «Territorio neutral antes de 1901. ¡No desde entonces! Buenos recuerdos.»

envíos postales en muy pocos años. En él aparece un Alfonso XIII ya adolescente.

—Qué lástima. No se aprecian las inscripciones. Como no hay modo de acceder a la isla, pues esta carece de puentes, me he quedado con las ganas de saber cómo es el memorial.

—No te preocupes, yo sé lo que pone —dice la archivera, orgullosa. Busca y rebusca entre los cajones y saca una publicación que ella misma escribió hace unos años—. Aquí lo cuento, ¿ves? La lápida que mira hacia el sur contiene el siguiente texto: «EN MEMORIA/DE LAS CONFERENCIAS DE MDCLIX/POR LAS CUALES/FELIPE IV Y LUIS XIV/CON UNA FELIZ ALIANZA/PUSIERON TÉRMINO/A UNA EMPEÑADA GUERRA/ENTRE SUS DOS NACIONES/RESTAURARON ESTA ISLA/ISABEL II DE LAS ESPAÑAS/Y/NAPOLEÓN III EMPERADOR DE LOS FRANCESES/EN EL AÑO MDCCCLXI». En la vertiente norte hay una inscripción que reza lo mismo, pero en francés. —La mujer me mira sonriente y se levanta como dando por concluida la visita.

—Sagrario, ¿puedo hacerte una última pregunta? ¿A qué viene eso de los faisanes?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Pero recuerdo haber leído un artículo que recoge las teorías de varios pseudoeruditos locales sobre el tema. Espera, que lo busquemos.

Arrizabalaga se mueve por las páginas de la hemeroteca con una agilidad admirable, y en pocos segundos da con la publicación en cuestión. Es un ejemplar del periódico *El Bidasoa* del 28 de junio de 1959, un número extraordinario que salió con motivo de las fiestas de San Marcial. El diario abre con el programa festivo: «A las ocho de la mañana - Diana por la Banda militar/A las diez y media - Solemne misa mayor en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Juncal/A las cuatro de la tarde - Revista de las fuerzas del Alarde por el General y su Estado Mayor/A las siete y media - Bailables en la plaza de España por la banda Militar»... Me alegra ver que,

por lo menos, entre las actividades castrenses pusieron una carrera ciclista y unos fuegos artificiales; algo es algo. En la página 15 del periódico, un artículo firmado por «Rene Cuzaq. Agregado de la Universidad» trata de arrojar luz al asunto de los faisanes mencionando a varios autores locales que explican los diversos posibles orígenes del topónimo. Pero ninguno de ellos tiene un peso concluyente para el licenciado autor del reportaje.

—La verdad es que la isla —expone Sagrario— tuvo muchas denominaciones a lo largo de los siglos: de los Cisnes, de los Halcones, del Hospital... Pero yo me quedo con la versión de que su nombre deriva de las reuniones que en ella se celebraban entre los *faisans* labortanos y los *faceros* guipuzcoanos y navarros para dirimir sobre asuntos de pesca y de comercio entre ambas riberas.

—Tiene mucho sentido, sí. O sea, que nunca hubo faisanes.

—No, diría que no.

Me despido de la documentalista, que regresa a toda prisa a la pantalla de su ordenador y salgo a la calle confiando en poder dejar el paraguas guardado en el bolso. Pero no. Prosi-go mi húmedo caminar por la parte vieja de Irún (empiezo a reconciliarme con la estética de esta ciudad) y paso sobre el lugar donde floreció la vieja Oiasso romana para llegar de nuevo al Bidasoa. Desde aquí tengo dos opciones para cruzar el río hasta Hendaia: navegando o por carretera. Yo elijo la segunda.

Junto a la señal de entrada a la localidad, HENDAYE - HENDAIA - *VILLE FLEURIE*, y ocupando la ladera de una colina, se extiende el cementerio, a cuyo alrededor han florecido bonitos chalets de segunda residencia y *chambres d'hôtes*.* No deja de ser paradójico que en nuestra cultura, que vive siempre de

* Casa de huéspedes.

espaldas a la muerte, sean los difuntos quienes den la bienvenida a una ciudad de vacaciones.

A muchos, el nombre de Hendaia les evoca un tren, dos dictadores y una reunión que se cerró sin acuerdo, pero lo cierto es que la localidad nada tiene ya de blanco y negro. Posee una parte vieja de foto que se mira en el espejo de Hondarribia, una playa llena de surfistas y un castillo neogótico de esos que se hacían con mucho dinero y ganas de aparentar. Y también tiene ese islote equidistante en el Bidasoa que abanderan durante seis meses y que aquí llaman, ya lo sabemos, Île de la Conférence.

Irún-Hondarribia y Hendaia tienen muchas cosas en común, y una de ellas es que ambas son inicio —o final, según se mire— de dos travesías pirenaicas emblemáticas que recorren en paralelo los Pirineos, de extremo a extremo. Una discurre por la cara norte, íntegramente por territorio francés: es el GR-10. Luego tenemos el GR-11, que camina por tierras vasconavarra, aragonesas, andorranas y catalanas. Quienes diseñaron estas rutas quisieron que sus inicios (o sus finales) en el Atlántico fueran en cierto modo poéticos, y por ello el GR-11 arranca en el muy pintoresco Higerko itsasargia (Faro de Higer), desde el que ya se divisan las primeras estribaciones de la cordillera. Su homólogo francés tiene su inicio en un lugar menos íntimo, pero con más glamur: el arabesco casino de Hendaia, situado entre la playa y el bulevar de la Mer.

Yo no recorreré ninguno de los dos. En primer lugar, porque este viaje será en gran medida, y por cuestiones logísticas, al volante de un coche. Y en segundo lugar porque no quiero verme obligada a escoger un bando u otro, ni a viajar en línea recta sin pisar la frontera, como quien zurce los bajos de un pantalón. Mi ruta saltará en zigzag por la cordillera. Ese es el único modo de entender los Pirineos, ya que, no

importa en qué cara estés: ambas comparten la misma cultura. Al fin y al cabo, la frontera invisible que dibujan las cumbres pirenaicas se pactó por unos cuantos señores poderosos, en una isla insignificante y sin que nadie preguntara a los interesados.